

Por toda Europa parece haberse desatado un lamentable deporte: la caza del extranjero.

En verdad, esto sucede —si analizamos el tema con más precisión— solamente en cierta Europa.

El hecho es grave, en primer término, para los desdichados que son objeto de la persecución y la discriminación, pero el episodio es revelador de crisis profundas del "alma europea". Los extranjeros, todos los extranjeros, podían eventualmente ser expulsados de la Europa cristiana y capitalista, pero, ¿quién arreglará a los europeos caimitas?

Que la región culturalmente más adelantada del mundo, frente a una crisis económica, sea incapaz de encontrar otro remedio al problema del paro laboral que expulsar de su territorio a los extranjeros, no sólo es lamenta-

ble, sino que muestra las limitaciones en que se mueve el capitalismo europeo contemporáneo.

Puede ser meramente un síntoma de una crisis todavía más grave. Partiendo del ultranacionalismo, es fácil llegar al fascismo. Hitler no comenzó en 1933 haciendo asesinar a los alemanes, sino que justificó su legislación represiva —según decía— exclusivamente para erradicar de su país a los judíos, gitanos y otras "razas inferiores" extranjeras, provenientes de Europa del Este y del Mediterráneo, en momentos en que Alemania, como resultado de la crisis del 29, tenía millones de parados. Muchos alemanes no intervinieron porque se trataba de una medida contra extranjeros. Más tarde se les aplicó a ellos mismos las leyes represivas que habían tolerado para los extraños.

"SI TU QUIERES A UN PERRO ¿POR QUE NO QUERER A UN EXTRAJERO?"

CARLOS M. RAMA

COMIENZA la cacería en Suiza, Alemania, Francia, etcétera. En los años de gran prosperidad de la década de los sesenta, los países prósperos de Europa Occidental, que necesitaban ampliar sus industrias, realizar importantes obras públicas o meramente atender las tareas manuales inferiores, a que no puede rebajarse un europeo rico, llamaron a portugueses, españoles, griegos, italianos, turcos, norteafricanos y hasta gente de África Negra.

Agencias especializadas en Lisboa, Madrid, Roma, Atenas, Ankara, Argel o Rabat contrataron centenares de miles de sirvientes, camareños, cocineros, enfermeros, albañiles, mineros, labradores, basureros, pescadores y hasta obreros de fábricas. Como los países "exportadores" no eran capaces de darles trabajo, con las bendiciones de todos, se produjo una considerable transferencia de mano de obra que a sus ingratas sociedades —devolviendo bien por mal— implicaban una benéfica lluvia de divisas fuertes.

Pero desde 1973, y so pretexto del petróleo, se hace presente la recesión económica. Por tanto, se suspenden las nuevas contrataciones, no se renuevan los viejos contratos y crece, con el paro obrero, simultáneamente, la xenofobia. Ya no hay sonrisas y reconocimiento para los inmigrantes, y el difundido partido internacional de los tontos sostiene: "Esos extranjeros le

quitan el trabajo a los nuestros".

En Suiza, un movimiento de extrema derecha llegó a proponer por dos veces expulsar en masa a todos los extranjeros, y el asunto —de acuerdo a la Constitución suiza— se sometió a plebiscito popular. Los xenófobos fueron derrotados. En la campaña pública de propaganda sus contrarios hicieron carteles donde, con figuras adecuadas, se leía, por ejemplo: "¿Tú harías ese trabajo?", y figuraba un trabajador negro "importado" barriendo una calle. Muy comentado fue el cartel en que aparece una dama suiza, teniendo en sus brazos su perro faldero, y una leyenda que decía: "Si tú quieres a un perro, ¿por qué no querer a un extranjero?".

El sentido práctico, cristiano y humanitario (todo eso junto) triunfó y no se produjo la San Bartolomé de los extranjeros. Si no fueron expulsados, tampoco quieren más.

En Alemania y en Francia se dispuso, a fines del 77 y comienzos del 78, que la Policía expulsase —sin necesidad de proceso— a cuanto extranjero se encontrara desocupado o que teniendo ocupación no pudiese presentar los comprobantes, avales, certificados que en cuantioso número reclamaba la burocracia.

En Francia —que por lo menos es un país de tradiciones democráticas—, el Colegio de Abogados pidió que se declarara la inconstitucionalidad de tal medida, y así lo decretó la Corte de Casación, por lo

que cesaron las expulsiones de extranjeros, hechas sin garantías legales correctas.

Pero la actual Francia no por ello da satisfacción a sus tradiciones de libertad. En la prensa española están publicándose cartas de los emigrados españoles en Burdeos y

Los buenos extranjeros

En honor de la verdad, no todos los extranjeros son perseguidos en esos países y, al contrario, los hay muy cariñosamente tratados por los respectivos Gobiernos.

Así en Suiza el Partido del



Ciudadanos suizos, en Zurich, consultan los resultados del referéndum sobre

París en que se quejan —y con razón— que las autoridades francesas les impiden asociarse libremente y les obligan a disolver sus entidades de socorro mutuo.

La CGT francesa termina de acusar al Gobierno de "alimentar las pasiones racistas y xenófobas" (sic) al restringir los derechos de los trabajadores inmigrantes extranjeros.

Trabajo de la izquierda ha visto desestimado su proyecto por el cual la Confederación Helvética dejaría de ser el refugio de los capitales evadidos del Tercer Mundo por sus dictadores. Está claro que tanto capitales como "nuevos capitalistas" de África, Asia y América Latina siempre tendrán protección y residencia asegurada en la democracia helvética.

Los países sensatos

También en honor de la verdad no toda Europa, ni siquiera toda Europa Occidental, está enloquecida, y hay países que siguen teniendo una política humanitaria con los extranjeros, como es el caso de la democrática Suecia, en la que hay 20 veces más refugiados políticos latinoamericanos que en España y Portugal juntos. Estos Fernández y Fernandes, Gonçalves y González, nacidos en Argentina, Brasil, Chile o Uruguay, se felicitan todos los días de que existan suscos. Tampoco practican la xenofobia los italianos, que podrán tener todos los defectos imaginables, pero a quienes nadie puede sospechar de ser poco listos. ¿Cómo un país de emigrantes, que tiene millones de sus connacionales sembrados en el mundo, puede practicar una política antiextranjeros?

La imitación como sistema

Su reverso: los insensatos portugueses, que han llegado

riores número 2.896 y la circular de la Presidencia del Gobierno de febrero de 1979, prohibiendo a las Universidades contratar profesores extranjeros, están copiadas de la legislación francesa. Alemania se imita —importando una costosa computadora Siemens— en el sistema de control electrónico de los extranjeros.

Pero lo que no imitan los Tribunales españoles y la Comisión Permanente de las Cortes es en declarar ilegal aquel Decreto y esas circulares, en especial en el caso de los 70.000 latinoamericanos protegidos por la Ley de 1969, que sigue vigente, y la todavía recién sancionada Constitución de breve virginidad.

Además, parece que nadie escucha a las entidades de españoles emigrados que desde Bruselas a Buenos Aires vienen alertando al Gobierno y a la opinión pública sobre los peligros de que España (país, como Italia, de gran migración) tome actitudes de país rico. ¿Qué argumentos podrán esgrimir los españoles residentes en Bélgica el día que aquel Gobierno decida expulsarlos? Si la Madre Patria es filicida con los hispanoamericanos en España, aduciendo que hay un 7 por ciento de desocupados, ¿no estará dando a los Gobiernos de los países latinoamericanos, que tienen un 20 por 100 de desocupados, un buen argumento para poner fuera de sus fronteras a los emigrantes españoles que allí residen?

En el siglo XIX, México expulsó dos veces, por falta de una, a los "gachupines". Lo mismo hizo Paraguay. Después de 1898 fueron expulsados, asimismo, los españoles de Cuba. La Ley de Residencia argentina de 1904 ha permitido desde aquella fecha a nuestros días la deportación de millares y millares de sindicalistas, socialistas, comunistas y otros presuntos "agitadores" de varios países europeos, incluyendo un 35 por ciento de españoles.

¿Qué sucederá cuando por cada hispanoamericano que expulse el Gobierno de Madrid se manden de vuelta a España 50 ó 100 inocentes españolitos?

De una vez por todas, es prudente reconocer que si España está geográficamente en Europa, sus problemas y sus amores no son exactamente los mismos que los de suizos, franceses y alemanes. ■

Francia-Unión Soviética: una visita importante

CUANDO Francia inició unas relaciones cordiales con la URSS en 1966, en la época todavía brillante del general De Gaulle, mientras se apartaba de la OTAN, los Estados Unidos tuvieron una reacción ruda e indignada, incluso a nivel popular (Leon Uris publicó una novela en la que se "descubría" que De Gaulle era comunista y agente directo de Moscú: mucha gente lo creyó). A pesar de las rectificaciones más hacia la derecha que ha sufrido Francia —Pompidou, Giscard— sobre la idea —por otra parte nunca lograda— de estar "por encima" que tenta De Gaulle, las relaciones de Francia con la URSS no se han apagado; sin embargo, los Estados Unidos han ido confiando más en que su aliado no les engañará ni cambiará nunca sus alianzas. Lo tienen seguro.

La visita que ha realizado Valery Giscard d'Estaing a Moscú en este final de semana, en el momento del gran 1 de mayo de la Plaza Roja, está dentro de esta línea. Básicamente, es una línea comercial: Francia es hoy un país vendedor de todo y Giscard es uno de los mejores agentes de ventas que haya tenido el país. La URSS busca también vendedores, en un momento en que teme que los Estados Unidos le nieguen algunas exportaciones por presión china. La posibilidad de que ganen los conservadores en Gran Bretaña —los conservadores han hecho parte de su campaña basada en el antisovietismo y en la amenaza de expansión de la URSS—, las nuevas reticencias de Alemania Federal, las dificultades crecientes con otros países occidentales, le hacen creer que la campaña de cerco de Estados Unidos-China, que probablemente es algo real aunque no tenga todavía los excesos que le presta su tradicional paranoia, va a afectar seriamente su comercio exterior. Francia sigue siendo una posibilidad. La posición francesa respecto a China, o sobre el acuerdo de paz entre Egipto e Israel, ha sido más matizada que la de otros países del área de Estados Unidos.

Desde De Gaulle a nuestros días, el poder francés ha jugado también la carta soviética frente a la oposición interior. Por una parte ha conseguido la frialdad de relaciones entre la URSS y el PCF, por otra ha explicado a la izquierda moderada que realiza una política exterior independiente, y que es capaz de sostener al mismo tiempo la amistad con la URSS y con los Estados Unidos. Ya sabemos que la relación de dependencia con los Estados Unidos es mucho mayor y es decisiva; pero para los moderados, esta apariencia es suficiente. Sobre todo si la extrema derecha del país se aplica a favorecer a Giscard acusándole de entreguismo a la URSS.

En el comunicado final habrá referencias a la paz mundial, a la cooperación entre todos los pueblos y a la necesidad de continuar la negociación en todos los grandes temas internacionales. No supondrá gran cosa: para la URSS, la sensación de que el cerco no es completo; para Francia, la constatación de que su política sigue siendo independiente y nacional. En el fondo puede haber unos acuerdos comerciales que beneficien a los dos países. Y la propaganda de la reanudación de la "détente", que siempre es útil en estos momentos en que está amenazada en varios puntos del globo. ■



trabajadores inmigrados a su país.

a constituir una Policía especial para controlar los extranjeros residentes en Portugal, ¡que no llegan a 250! Tal vez, creando puestos de policía, de lo que se trata es de luchar contra el paro laboral, pero la medida es literalmente absurda.

El Decreto español del Ministerio del Interior del 5 de julio de 1978, la circular del Ministerio de Asuntos Exte-